

COSTUMBRES DEL PAIS

“IRI APUSTUA”



No se hablaba de otra cosa entre todos los labriegos de las montañas guipuzcoanas. La apuesta de bueyes, *iri apustua* (1), absorbía por completo la mente de estos guizones de tenacidad cachacienta, que han logrado reducir á cultivo los más agrestes y empinados desfiladeros, adornando los peñascos con la guirnalda que forman las doradas espigas de los maizales.

En la lucha andaba comprometido no solamente el dinero, sino también lo que podríamos llamar orgullo agrícola, digno de un canto de Virgilio. Las dos yuntas contendientes tenían muchos partidarios. Y se disputaba sobre las condiciones de los cuatro bueyes; todos los caseros conocían la edad de las bestias, su estado de vigor, las principales hazañas de su vida, al arrastrar narrias y carretas por los tortuosos caminos de las montañas. Se recordaban atascamientos formidables en el acarreo de sillares por la cuesta de Igueldo. Brillantísima era la historia de las dos parejas; ambas habían transportado desde las canteras de los cerros las piedras más grandes de los modernos hoteles de San Sebastián. Eran cuatro testuces ilustres, creadores del moderno progreso de una de las más bellas ciudades de Europa.

(1) En realidad debía escribir *Iri tema*; porque *apustua* es una corrupción de «apuesta», una de las frecuentes intrusiones del castellano en el bascuence. Los dos escritores euskarófilos más célebres, Larramendi y Aizkibel, en cuya autoridad me escudo, llaman *tema* á la «apuesta»; pero el pueblo unánimemente, dice *Iri apustua*, y así lo escribo para no llevar la confusión á las cabezas de mis amigos los laboriosos tamberos, que muchas veces habrán asistido al *Iri apustua*. Por otra parte, no entra en la índole de este artículo de costumbres resolver el pleito lingüístico y filológico que mantienen el pueblo y los autores casticistas, y en el cual, como en todos los pleitos de este género, vencerá el pueblo, que mantiene y conserva la lengua, no en los libros, sino en los labios.

Los hombres, en su inmoderado afán de inmortalidad, atribúyense exclusivamente el honor de las grandes creaciones urbanas, sin recordar cuánta parte de su gloria corresponde á los animales.

Conocíase á las yuntas por los nombres de los caseríos; llamaban á una la pareja de *Echeona* (buena casa) y á la otra de *Toki-eder* (sitio hermoso). Las dos casas de labranza se hallaban enclavadas en las opuestas riberas que separa el río Urumea, más arriba de Hernani. Rodéalas un bosquecillo de manzanos, chopos, olmos y algunos cerezos, cuyos puntos rojos brillan sobre el fondo verde del ondulante pastizal. Detrás, la nota oscura del vasto encinal, umbrático y misterioso. Entre la copa del arbolado, allá en sus tálamos de moho, óyense los arrullos voluptuosos de las palomas zuras, selváticas y raudas. Arriba, en último término, las cimas pétreas, azulinas, como promontorios de acero; á su pie, entre la maraña roquera, saltan los manantiales que forman el limpio caudal del Urumea, á cuyo nacimiento, buscando el lecho de la arena fina, suben á decorar las truchas en lúbrica carrera á través de represas y torrentes. Negras nubes, como el humo de la hulla, aparecen de pronto en los picos más altos. Y al volar con lentitud solemne á ras de las cumbres, se entenebrecen las riberas y los valles en que poco antes reverberaba el sol. Fantástico juego de sombras da una rara movilidad al paisaje. La llama del crepúsculo rasga á veces el espeso nubarrón que difunde en las hondonadas sin aire rarefacto. Los fragmentos de la abortada galerna quedan flotando en torno del crisol de oro que refulge entre los canchales enhiestos. Semejante á un rosal ardiendo, la concentración crepuscular corre sobre las cordilleras. Los adustos y oscuros peñones que coronan las cimas, conviértense al punto en fantásticos castillos de pirotecnia. Y en tanto, abajo, en los valles, murmura el Urumea en los cauces y saltines cuya fría corriente, transformada por la magia del industrialismo, irrumpe en lámparas eléctricas que alumbran la vetustez de las sosegadas aldeas de la Basconia.

En todos los caseríos diseminados por la montaña se hacían pronósticos acerca de la yunta que saldría victoriosa del *iri apustua* que había de celebrarse el próximo domingo. La porfía guardaba algo de aquel calor que ñacinos y gamboinos, banderizos bascos de la Edad Media, pusieron en sus terribles competencias de dominio.

El proselitismo en pro de una y otra yunta obedecía, como en toda guerra banderiza, á cierto sentido territorial; todos los poblado-

res de una ladera estaban en contra de los pobladores de la ladera de enfrente.

La apuesta quedó formalizada el lunes: ganaría la pareja que durante una hora hiciese mayor recorrido, arrastrando una piedra de cuatro toneladas.

El tremendo y estéril trabajo debía realizarse en la cancha de Hernani. La suerte determinaría la pareja que había de hacer el arrastre por la mañana. Esto es muy importante; porque, siendo frecuentes las tormentas por la tarde, hay gran ventaja en luchar á esta hora. El piso es de canto rodado, y la humedad favorece el arrastre, haciendo que el enorme pedrusco resbale.

Las yuntas serían dirigidas y aguijadas por sus respectivos dueños: Iñasio, conduciría la de *Toki-eder*, y *Joše Mari*, la de *Echeona*.

La semana que precedió á la apuesta, no trabajaron los bueyes. Tanto en *Toki-eder* como en *Echeona* se redobló el cuidado de los cornúpetos, dándoles abundantes raciones de habas, que parece ser el alimento que más desarrolla la fuerza bovina. Abuelos, padres é hijos, las viejas y las rozagantes *neskas*, todos los miembros de cada casa de labranza, ponían extremada y persistente atención en fortalecer la energía de la yunta. Á través del espacio, de cerro á cerro, los habitantes de *Toki-eder* vigilaban á los de *Echeona* y viceversa, procurando averiguar cuanto se refiriese al entrenamiento ó preparación de los bueyes para el día de la liza. Todos los pobladores de ambas laderas acabaron por tomar parte en este mutuo espionaje.

La vida bascongada es una apuesta constante; cinco son los deportes más extendidos: los partidos de pelota, las regatas, el llamado juego de hachas, *aizkora jokuba*, consistente en ver quién parte el tronco de un árbol en menos tiempo, el *iri apustua*, ó apuesta de bueyes, y el *arjokuba*, ó sea los topetazos entre los carneros hasta que uno de ellos cae muerto ó entontecido.

Estos cinco *sports* han desarrollado extraordinariamente el juego en el país basco. Pero ello no distrae energías al progreso material de la comarca. La rara psicología de la raza permite que el basco sea á la vez jugador y laborioso. Generalmente el juego conduce á la «atorrancia». El obrero que pierde en una apuesta un mes de trabajo, vuelve de mala gana á la labor. El basco, por el contrario, comienza á trabajar de nuevo con igual fe, reuniendo en cien días los cien duros que pondrá una tarde en favor de la cesta de un pelotari, en pro de los

remeros de su pueblo, en el tiro de una yunta ó en los topetazos de un carnero. En todo apostador hay un hombre fuerte. Los bascos apuestan sin cesar, porque tienen confianza en su capacidad de adquisición por medio del trabajo; producen más de lo que requieren sus necesidades perentorias. Y juegan la diferencia. Las razas débiles apuestan poco, por la sencilla razón de no quedarles, después de llenar las más apremiantes necesidades, nada que apostar.

Sigamos. Al volver del trabajo, los labriegos de uno y otro bando se detenían en *Toki-eder* y en *Echeona* para contemplar las yuntas. Todos llevaban alguna noticia del campo contrario, y discutían sobre la mejor preparación de los bueyes, la conveniencia de aumentar ó disminuir los alimentos ó de mezclar, por ejemplo, las habas con harina de maíz. Era también necesario que no se apoltronasen los cornúpetos, ni se enervara su fuerza en aquella regalada vagancia de establo. Convenía que hicieran ensayos de arrastre, para mantener siempre tensa la energía de sus músculos y corvejones. *Iñāšio* y *Joše-Mari* respondían á las observaciones de sus parciales en grave tono dogmático; cada propietario tenía su plan que nadie lograría alterar.

Los labradores se asomaban por encima de los várganos que forman el seto de *Toki-eder*. *Iñāšio* abría la angarilla para que llegasen hasta la cuadra, á ver la yunta, en cuyo cuidado se ocupaba toda la familia. Los aldeanos preguntaban:

—¿*Pijo, pijo?*..... (modismo guipuzcoano, que quiere decir: «¿estáis bien?») *Iñāšio* respondía :

—*Oyak ostut zeitugu ta.* (Ya enfriamos las camas y.....) Es una de esas frases sencillas, intensas y pintorescas en que tanto abunda el bascuence. El mejor signo de salud es poder decir que enfriamos la cama ó sea que nos levantarnos todos los días temprano: con el frescor de las primeras horas de la mañana.

Iñāšio, sobrio de palabra, nada prometía. No quería cargar con la responsabilidad de arruinar á todos los labriegos de la ladera de *Toki-eder*.

El bando de *Echeona* estaba más enardecido. *Joše-Mari* era menos cauto en sus promesas. Cuando le preguntaban por el estado de sus bueyes, respondía con esta «compadrada»:

—*Gure-iri eskerra probintzin dan onena eta eskubidia obia-gua.* (El buey de la izquierda es el mejor de la provincia, y el de la derecha aún mejor.)

Llegó el domingo. Los pobladores de toda la montaña congregáronse en Hernani. Los dos bandos se desparramaron por fondas y sidrerías. Los habitantes de la villa, Troya del carlismo, tomaron también parte en la porfia, aumentando con ello el calor de ambos partidos. En todas partes se disputaba sobre el resultado de la apuesta. Antes de ir á la cancha ya se habían realizado muchas traviesas. Los montañeses traían en sus bolsillos todos los ahorros del año.

Tocó en suerte á la yunta de *Echeona* realizar el trabajo por la mañana. La cancha, de canto rodado, como ya se ha dicho, quedó dividida en siete rayas iguales. Al aparecer los bueyes de *Joše-Mari*, oyó éste palabras de ánimo de todos sus adictos, mientras el bando de *Toki-eder* permanecía en silencio examinando á los cornúpetos.

Enganchóse la yunta á la piedra y comenzó el arrastre. *Joše-Mari* empuñó la aguijada; un ayudante se colocó detrás del pedrusco para empujar, y al propio tiempo, secundar al boyero en el manejo de los bueyes.

El público formó apretado círculo. Y resonó en el ámbito de los montes el primer ¡*aida!* (¡arre!) de *Joše-Mari*, un grito desaforado, estentóreo en que desafiaba á todos los partidarios de *Toki-eder*. Los bueyes dieron un tirón tremendo, avanzando algunas pulgadas.

Y comenzaron las apuestas:

—*Bi duro bi plaza bayetz* (dos duros á que hacen dos plazas).

Los contrarios replicaban, sin aceptar, con una contraoferta:

—*Bi duro bi plaza terdi esetz* (dos duros á que no hacen dos plazas y media).

Sobre las voces de las apuestas levantábase el grito furibundo de *Joše Mari ¡aida!* Los bueyes se distendían como el arco de una flecha; los tendones y nervios parecía que iban á hacer saltar la piel; un golpe de sangre enturbiaba ahora sus mansos ojos. *Joše-Mari* tiraba de los cuernos sin cesar y gritar: ¡*aida arrayual!*; el ayudante castigaba á las bestias con el agujón; las nalgas manaban sangre. La enorme piedra avanzaba lentamente, cuatro ó cinco pulgadas en cada tirón.

En poco más de media hora recorrieron dos veces la pequeña esplanada. Los espectadores ponían toda su atención en observar el aliento que aun podía quedar á los bueyes. La importancia de las apuestas crecía á medida que se aproximaba la hora de terminar el arrastre.

—*Ogei duro lau plaza esetz* (veinte duros á que no llegan á cuatro plazas)—gritaban los partidarios de *Toki-eder*.

Y replicaban los de *Echeona*:

—*Amabost-ogeire lau bayetz* (quince á veinte á que llegan á cuatro plazas.)

Todos procuraban jugar con momio esponiendo menor cantidad que el contrario. Y tras ligeros regateos quedaban concertadas las apuestas.

Un avance brusco de la yunta cambiaba la proporción de las traviesas.

—*Irurogei duro lau plaza eta iru zinta bayetz* (sesenta duros á que hacen cuatro plazas y tres rayas)—gritaban en los últimos momentos los de *Echeona*.

—¡Va, va!—replicaban los de *Toki-eder*.

La yunta hizo un supremo esfuerzo. El pedrusco resbaló dos ó tres pies.

Un compacto grito de júbilo salió del grupo adicto á la pareja de *Echeona*. El vocerío atronaba el espacio. Faltaban cinco minutos. Las apuestas se concertaban precipitadamente. *Jose Mari*, agarrado con ambas manos al yugo, hecha un ascua su cara redonda y pelada, apuraba el resto de las energías de los bueyes : ¡*aida! ¡aida!* Los gritos repercutían en la acústica de las montañas, perdiéndose al fin en la fragosidad de los barrancos.

Los dos bandos seguían con movimientos inversos los tirones de la yunta. Los partidarios de *Echeona*, al arrancar los bueyes, echaban sus cuerpos hacia adelante, gritando ¡*au! ¡au!*, como si quisieran transmitir el aliento de todo el bando á los ya exhaustos pulmones de la yunta. Los de *Toki-eder*, por el contrario, se echaban hacia atrás, con la intención instintiva de tirar de la piedra ó aumentar su peso abrumador. Los bueyes estaban rendidos, empapados de sudor y sangre, relajados los pechos, heridos los testuces.

Al terminar el tiempo que se convino, habían realizado un recorrido de cuatro plazas y tres rayas, unos treinta pasos próximamente. Una vez descuidados, apoderóse de los bueyes ese ligero temblor producido por el espanto. *Jose Mari* cubrió con mantas sus cuerpos humeantes. Los cornúpetos, abiertas las cuatro patas, quedáronse inmóviles, clavados en el suelo los ojos desencajados de las cuencas. El movimiento sin compás del corazón y los pulmones, ahuecaba los

enormes cuerpos, como si llevasen dentro el fuelle de una herrería. Estaban aniquilados, hecho cisco su robusto organismo.

La liquidación de las apuestas no dejaba lugar á dudas.

*
* *

Por la tarde la yunta de *Toki-eder* repitió aquella escena tremenda. Las mayores sumas se habían jugado parejas contra parejas, y así el interés por el resultado final de la porfía creció después de conocer las fuerzas de los bueyes de *Echeona*.

El público salió de la cancha, diseminándose por fondas y sidrerías, á comer y esperar la hora de la última prueba. El vetusto Hernani era un hervidero de pasiones. En todas las casas se comentaba el trabajo realizado por la yunta. Unos creían derrotada á la de *Toki-eder*; otros aseguraban que triunfaría. Á medida que la sidra fermentaba en los estómagos, aumentaba el diapason de las disputas y subía el monto de las apuestas.

*
* *

El ardor puesto en defensa de una y otra yunta, no produjo, sin embargo, un solo incidente, ni el más ligero desorden. Estos simpáticos y fuertes *gizonas* son apasionados, pero no pendencieros. En el medio social de las montañas bascas no existe el tipo matón y jaque que tanto abunda en otras regiones.

Iñasio obtuvo una victoria completa. Su yunta recorrió cinco veces la esplanada. El bando de *Toki-eder* echó las boinas al aire, mientras el de *Echeona* bajaba la cabeza y se disponía á pagar en silencio.

Jose Mari quedóse mustio ante la derrota. Con las manos metidas entre la faja y la agujada á los pies, apenas se atrevía á mirar á sus convecinos. El *metejón* de toda la ladera de *Echeona* fué enorme. Y el boyero sentía en su conciencia el escozor de la responsabilidad por aquellas seguridades que había dado respecto al invencible poder de su yunta.

Todo el mundo pagó religiosamente. Aquella noche el regocijo reinaba en la ladera de *Toki-eder*, mientras en la cuesta de enfrente imperaban el silencio y la tristeza. De rato en rato un cohete partía de la casa de *Iñasio*, rasgando las tinieblas con su estela luminica, para estallar allá arriba, junto á los luceros.

Como esos generales que anuncian una victoria, luego frustrada por la realidad, *Jose Mari* no pudo sobrevivir á su promesa. Los caseros del cerro de *Echeona*, al encontrarse en los caminos, repetían en tono de zumba la frase en que el boyero hacía la apología de su yunta: *Gure-iri eskerra probintzin dan onena, eta eskubidia obiagua*. (El buey de la izquierda es el mejor de la provincia, y el de la derecha, aún mejor.)

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!—era el único comentario, y seguían guiando sus carretas rechinantes por los empinados desfiladeros.

Un buen día *Echeona* fué puesto en venta con sus tierras y hacienda. Y poco después *Jose Mari* se metía en un trasatlántico surto en el puerto de Pasajes.

Los sociólogos que estudian las múltiples y complejas causas que producen la emigración, ignoran seguramente el origen del más floreciente de los tambos que hay en Chivilcoy.....

FRANCISCO GRANDMONTAGNE.

